

Mi vida con Antínoo

José Félix León

La belleza del rostro es lo que importa,
y luego la belleza de la nada.
Los artistas romanos copiaban
en sus talleres
los originales griegos, las estatuas
votivas de Alejandro,
cierta posición del brazo contra el muslo,
algo con la gracia del tallo de un jacinto
o un junco que se dobla.
Hace frío en la isla
y te contemplo sobre el fondo negro
de un cartel
que alguien compró en El Prado para mí.
No estoy solo ni sostengo
la belleza del mármol, el deterioro
del labio superior y la nariz,
tanta serenidad que se desploma
en los mullidos lechos, en la elegía
amorosa de la Roma Imperial,
en el rostro del muchacho que vi ayer
bajo la lluvia
en un jardín de la calle Paseo.
La edad vendrá en que otros poetas
se fijarán en ti y esculpirán
con sus palabras más o menos griegas o latinas
algún verso que te nombre. Ahora me desnudo
para entrar al agua, ondas de calor
que nos separan más que los siglos
o la historia del lenguaje
y pienso que nunca estaré solo ante ti,
que me contemplas
desde la eternidad de la pared del baño.